

El Mensaje Original

Jesús García Ruiz

Consigue el libro completo en
<http://alkimiaemociones.com/servicios-el-mensaje-original/>

Título: EL MENSAJE ORIGINAL

© 2015: JESÚS GARCÍA RUIZ

© De los textos: JESÚS GARCÍA RUIZ

Diseño de portada: JESÚS GARCÍA RUIZ

Primera edición: septiembre 2015

ISBN: 978-84-608-1658-4

Depósito legal: M-27033-2015

Todos los derechos reservados.

Índice

INTRODUCCIÓN	5
EL MENSAJE ORIGINAL DEFINIDO.	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
¿QUÉ ES EL PECADO? DEFINIDO.	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
EL HIJO DE DIOS EN LA TIERRA	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
¿QUÉ TE PIDO?	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.

INTRODUCCIÓN

Un día empecé a sentir que mis preguntas tenían respuesta, incluso sentí que las respuestas llegaban antes que las preguntas.

Ese día había tocado fondo, emocionalmente devastado, no encontraba por donde seguir, me sentía completamente solo y vacío. Por la noche, serían las tres y media de la madrugada, en mi cama, me sentí zarandeado, físicamente zarandeado mientras dormía. En absoluto era un sueño. El agotamiento que sentía apenas me permitía moverme, me di media vuelta y conseguí obviar la orden que recibía de levantarme y sentarme a meditar.

Esa orden no era interior, no correspondía a una parte de mi cerebro que había decidido sublevarse, independizarse y plantarse ante mí de forma autoritaria. Venía de otro sitio. Era una especie de pensamiento que alguien colocaba ahí desde fuera, con una energía radicalmente diferente a la mía.

En la noche siguiente, ocurrió lo mismo, pero esta vez ya a las dos y media. Quien fuera que me mandase esas órdenes, había decidido empezar más temprano para no dejarme escapar. Esta vez lo sentí con más fuerza que la noche anterior, ese pensamiento o voz ajenos que me impelía de nuevo a levantarme y sentarme a meditar. Extrañado, pero sin incomodidad, ante la insistencia decidí levantarme, no fuera que aquello no acabase nunca, dispuesto a entregarme a lo que se me pedía y ocurriese lo que tuviera que ocurrir.

Y ocurrió...

Me senté en mi silla habitual de meditación, con la luz apagada y los ojos cerrados.

Entonces me gustaba meditar centrándome en el sexto chacra, el tercer ojo. Con toda mi conciencia puesta en ese punto, mis pensamientos dejaron de actuar y me sentía sereno.

Mis pensamientos se apartaron, los otros, los ajenos, no.

Cuando llevaba unos diez minutos en meditación, una nueva orden, *“Toma un papel y un bolígrafo y escribe”*.

Con la poca luz que entraba por la ventana a esas horas de la madrugada, hice lo que se me pedía y con los ojos cerrados empecé a escribir.

No recuerdo cuanto tiempo estuve así, serían unos veinte minutos. Cuando tuve la sensación de haber terminado, aún a oscuras, dejé el papel sobre la mesa que había cerca y me fui de nuevo a la cama. No tenía idea de lo que había escrito y en ese momento no quería saberlo. No lo leí, solo suplicaba que se me dejase en paz y poder descansar en mi cama. Realmente lo necesitaba.

Al despertar por la mañana, me encontraba mucho mejor. Emocionalmente sentía que algunas cosas se habían puesto en su sitio. El inmenso vacío que había sentido el día anterior –y todos los anteriores– se había llenado durante la noche de algo que no era capaz de identificar muy bien, pero al menos no dolía.

Cuando terminé de leer lo que había escrito y tras superar la sorpresa de ser capaz de entender mi propia letra escrita en la oscuridad, vino una sorpresa mayor.

¿Yo había escrito eso?

¿Yo tenía palabras para expresar un mensaje tan lleno de amor?

“¡Estupendo, lo que me faltaba, me he vuelto loco!”, pensé inmediatamente.

Tras releer el mensaje no sé cuantas veces en unos pocos días, conseguí perder la vergüenza y arrimar el valor suficiente para contar lo que me había

ocurrido a una persona de mi confianza. No tenía esperanza alguna de recibir una respuesta que me pudiera ayudar respecto a lo que me estaba pasando, pero en ese momento, sin más recursos internos, no pude más que compartirlo.

“Tranquilo, esto le pasa a mucha gente y al principio es siempre así. Piensas que te has vuelto loco, pero es lo que debería realmente ocurrirle a todo el mundo: ser capaces de vivir en un estado en el que pudiésemos comunicarnos con nuestros Maestros y Guías. No lo rechaces, ábrete a ello. Has empezado a canalizar”.

Yo había oído hablar sobre esto de la canalización y pensaba, con cierta envidia, *“Que suerte las personas a las que esto les ocurre, poder recibir palabras que te ayuden a seguir”.*

Con sentimientos contrapuestos, intenté abrirme a ello con cierta resistencia –e insistencia por parte de ‘mi Guía’– y así seguí escribiendo de vez en cuando.

Pasado el tiempo, sentí como el canal por donde recibía la información se iba aclarando, limpiándose poco a poco y ya no tenía necesidad de entrar en meditación, o estar apartado del mundo y su ruido, para recibir lo que se me tenía que decir. En cualquier momento, en cualquier lugar podía ponerme a escribir aquello que iba recibiendo.

En ocasiones, sentía que recibía una descarga de información y era consciente de parte de su contenido. Si en ese momento no podía plantarme ante mis cuadernos a escribir –ya utilizaba unos cuadernos específicos y aún hoy los sigo usando–, la información quedaba almacenada en una especie de disco duro interno y cuando tenía ocasión, podía acceder a ella y plasmarla en papel.

Empecé a conocer a personas que les ocurría lo mismo, en ‘posiciones sociales’ sorprendentes por lo elevadas y que, obviamente, no podían darse el lujo de ser ‘raros’. Cuando conseguía la confianza suficiente para contarles lo que me estaba pasando, me expresaban su alivio al tener a alguien con quien compartir una experiencia tan fuera de los ‘esquemas sociales aceptables’. Encontré personas que no habían tenido el valor para contarlo, ni tan siquiera a sus parejas o mejores amigos, y vivían una especie de tortura de ostracismo y aislamiento, de necesidad de expresar algo que les descolocaba y a la vez, les

hacía sentirse llenos de un profundo gozo. No era nada malo, era simplemente socialmente inaceptable.

Mis mensajes siguieron llegando, cada vez en más cantidad e intensidad. Un día sentí la orden de escribir un libro. *“¿Un libro yo? ¿De qué? Como no sea de todo lo que he hecho mal en mi vida...”*

Me resistí durante más de un año, pero los mensajes respecto al libro seguían llegando, cada vez con más insistencia. Parecía que si no me sentaba ante la hoja en blanco y permitía que saliese lo que tuviese que salir, aquello no pararía nunca. Mi sensación física llegaba a ser incómoda, como cuando sentado tienes algo que se te clava en la espalda y no puedes ni relajarte, ni encontrar la forma de evitarlo. Pero mi sensación corporal no se limitaba a la espalda, era completa, percibía algo en mi cuerpo que tenía que sacar y que estaba empezando a ‘perturbar’ algunas de mis funciones fisiológicas.

Un día me rendí, me coloqué ante la hoja en blanco y dejé que mis manos escribieran lo que quisieran. Al poco tiempo los bloqueos empezaron a desaparecer, escribir me daba energía y conseguía entrar en una especie de estado de flujo en el que la habitación, la mesa, el teclado, la pantalla, mi ventana, el cielo azul al otro lado del cristal, todo era uno, todo se conectaba y yo estaba en medio de todo eso, volcando, sin esfuerzo alguno, toda la información que tenía acumulada.

Meses después se publicó mi primer libro, El Camino de Vuelta a Casa.

Y poco menos de un año después, vino el segundo, El Camino del Silencio.

Mientras trabajaba entre uno y otro, mi ego decidió desviarme pensando cuál sería el tercer libro, pero en algún momento de ese tiempo, recibí que tendría que trabajar en el que ahora tienes en tus manos.

Cuando esta información me llegó, mi resistencia fue ya total. Estaba bien escribir sobre temas ‘blanditos’, como es el del desarrollo personal o la meditación, por mucho que apareciesen técnicas completamente novedosas, pero el tema de este tercer libro me superaba por todas partes.

"No soy digno de que entres en mi casa", repetía hacia dentro como queriendo contestar a quien fuera que me pedía escribir sobre esto. Y de ninguna manera decía *"pero una palabra tuya bastará para sanarme"*, no fuera que al decir eso algo se activase, una valentía que en ese momento no tenía me invadiese y me pusiera, de nuevo, ante la hoja en blanco con este claro propósito. No me sentía digno, era una inmensa osadía, decidí que mi ego era quien estaba tramando todo esto y yo no era más que un títere de sus habituales tejemanejes.

Poco tiempo antes de la Semana Santa de 2013, recibí en el buzón de mi casa un folleto publicitario sobre una parroquia de San Sebastián de los Reyes, Madrid. Lo recogí junto con alguna carta y sin hacerle caso, lo solté sobre la mesa del salón.

Al día siguiente me paré a leerlo. La Parroquia del Beato Manuel González nos contaba cuál era su programa de actividades para esos días. La foto en tinta azul de los barracones de obra con que estaba hecha la Iglesia llamó mi atención, pero mucho más la programación del Sábado Santo, 30 de marzo de 2013: Meditación: El Silencio de María.

"¿Meditación en una Iglesia Católica? Hay que ir y verlo."

Una profunda necesidad de volver a la iglesia se despertó en mi interior, tras años de no acercarme a ninguna sin otro propósito que no fuera más que el de disfrutar del arte que se atesora en ellas y sacar algunas fotografías. Me declaraba creyente en Dios o en el Universo o cómo se quisiera llamar pero, ya hastiado, no creía en la Iglesia Católica.

Todo mi entorno se alineó perfectamente para que ese Sábado Santo pudiese disponer por completo de mi tiempo, prepararme interiormente y acudir a la Parroquia con ilusión, mucha emoción, receptividad y una profunda gratitud.

Sentía una profundísima sensación de Amor mientras escuchaba hablar al Padre Javier. Amor por todo y por nada, por estar allí, por sentirme abierto y receptivo a lo que tuviera que ocurrir.

Y ocurrió...

El Padre nos iba hablando y permitía, tras cada pequeño discurso, unos minutos de meditación. Antes de que empezase el primer hueco de silencio, empecé a recibir información, pero esta vez con una pureza y una claridad que no conocía. Sentía un mensaje alto y claro y una profundísima sensación de estar atendido, cuidado y apoyado en este proceso, de ser profundamente amado por una delicadísima y a la vez poderosísima energía femenina, la de María Madre Celestial. Estaba ahí, dándome una preciosísima información, preparándome y colocándome para recibir un Mensaje aún más importante proveniente de su propio Hijo.

Una de las cosas que me sorprendió al entrar en la Iglesia, fue ver que no había cruces y la única que había, de más de dos metros de longitud, estaba en el suelo sobre una alfombra, rodeada de velas y tapada con un lienzo color púrpura con reflejos dorados. El Padre Javier, al terminar la meditación, pidió ayuda a las mujeres para que retirasen las velas que estaban alrededor de la Cruz y a los hombres para que pusiesen ésta en su lugar original, en el lateral izquierdo de la Iglesia según se accede a ella.

Reconozco que estaba tímido y a la vez muy emocionado en esos instantes, tanto por haber vuelto con fe y respeto a un espacio que no me era habitual, como por poder ayudar a reponer la figura de Jesús crucificado a su lugar. Con otros tres hombres, alcé la Cruz desde el lado derecho del Cristo y en ese instante sentí que, con ella y con toda la información que había recibido unos momentos atrás, había tomado mi cruz y aceptado la misión que desde hacía meses se me pedía, la de recoger este Mensaje y ofrecérselo al mundo.

No tengo afán de protagonismo alguno, no deseo erguirme como intérprete de nada, sigo sintiendo que *"No soy digno de que entres en mi casa, pero..."* he aceptado que *"una palabra tuya, bastará para sanarme"*, o al menos para ayudarme.

El Mensaje Crístico Original, el del Maestro Jesús, el del Hijo de Dios encarnado, ha estado oculto en su pureza por la mente de los hombres que quisieron protagonizarlo y lo utilizaron a su antojo. Ha estado de alguna forma

oculto por palabras que no hacían más que proyectar una sombra sobre lo que es simple y pura Luz, simple y puro Amor.

Vivir en ese profundo estado de Amor que Jesús nos transmitió con su Palabra, requiere un esfuerzo diario de atención plena para identificarnos con lo que somos auténticamente, para estar conectados a nuestra fuente de Amor por encima de juicios, envidias y conflictos, por encima de nuestro ego.

Hoy, no es que me haya vuelto un ferviente practicante y vaya a misa todos los domingos, pero toda la información que me llegó y que está plasmada en este libro, el Papa Francisco y los aires de renovación que recorren la vieja estructura de la Iglesia Católica, me han hecho tener una profunda esperanza en que todo el infinito Amor que el Mensaje Original de Jesús expresaba, caiga de una vez sobre el ego de los hombres y, como un inmenso baño de Luz, lo disuelva y podamos emplear la Energía Crística que atesoramos como individuos y como especie en Ser y no en hacer, en Vivir y no en tener, para que podamos Hacer y Tener lo que realmente nos alimente y nos permita estar en el lugar que nos corresponde, como las puras expresiones de la Creación del Universo que somos.

Tampoco creo que el Mensaje del Maestro sea exclusivo para los bautizados. Pensar eso sería una torpeza egoísta –proveniente del ego– y seguir sintiéndonos el ombligo del mundo, *“los únicos que tenemos razón frente a ese montón de herejes equivocados de pies a cabeza”*, como una vez escuché decir a alguien. Jesús fue la encarnación de la Fuerza Creadora del Universo, el Hijo de Dios o como se le quiera nombrar. Su mensaje de Amor trasciende cualquier credo, cualquier raza, cualquier nación y cualquier cultura. Es para todos. Para ti también...



Consigue el libro completo en

<http://alkimiaemociones.com/servicios-el-mensaje-original/>